

entre los que puede escoger bien con buenas armas y
mejor disciplina, dejando cincuenta para escolta de la
fuerza con estos y con los de Salmeron y Ceto Cam-
acho a quienes he mandado llamar con sus guerrillas,
creo que podre reunir hasta quinientos hombres mon-
tados con los que intentaré dar un golpe al convoy.
Los ojos del Sr. Cos brillaron de júbilo y exclamó:

CAPITULO XXXIV.

—Aunque no se de golpe ninguno es preciso ha-
cer todo para que los señores de la corte en el Pa-
is me sepan lo que habrán dicho. ¡Sublime!
Y como se dijo se hizo venir Garcia Con-
de muy tranquilo llegando a Salmeron con su gran
convoy de caballos, carros, leguas se vio rodeado

Por el mismo tiempo en que pasaban los aconteci-
mientos que hemos referido anteriormente, esto es,
cuando habia trascurrido poco mas de un mes de la
maravillosa salida de Morelos de la plaza sitiada de
Cuautla, encontrándose en Chautla con mas de ocho-
cientos hombres de buena tropa y mas de mil indios
auxiliares, entró Bravo á su alojamiento llevando una
Gaceta del gobierno en la mano.

—¿Qué es eso? le preguntó el cura al valiente
Bravo.

—Es un manifiesto del virey á la Nacion, en que
asegura que su señoría anda buscando una cueva pa-
ra ocultarse.

Morelos, completamente restablecido de la salud, y
del humor, que habia vuelto á ser alegre y campe-

chano, leyó con mucha risa las líneas en que se ocu-
paba de él el virey, dándole por exterminado para
siempre y en busca de un escondite que le proporció-
nara escapar de la horca, y luego que hubo acabado
de leer exclamó:

—Pues mañana mismo vamos á empezar á mover-
nos para que vea el buen virey Venegas que todavia
vivimos.

Y á renglon seguido organizó una combinacion de
las mas audaces y de las mas bien dispuestas para dar
un golpe al realista Cerro que con algunas fuerzas es-
taba ocupando el pueblo de Tixtla, haciendo lo mis-
mo con Añorve que se encontraba en Chilapa. El
movimiento de las distintas partidas de insurgentes
que marchaban para rodearlos, fué sentido por los es-
pañoles y dispusieron reunirse en Ayutla con otras
tropas para hacer una buena defensa; pero alcanzados
por Galeana, les dió una soberbia carga de caba-
lleria, quitándoles bastantes armas y buen número de
prisioneros, que fueron entregados en el acto á Mo-
relos.

—Aquí hay oportunidad de desquitarme un poco
de la gente que nos han matado los valientes realis-
tas, exclamó Morelos echando una ojeada á los se-
senta y tantos españoles que le presentaron.

Estos creyeron que ya habia llegado su última ho-
ra y se alarmaron, como era natural, con tales pala-
bras, mientras que los insurgentes hacian los prepa-
rativos para la ejecucion.

Entonces agregó Morelos prontamente:

—No, señores; yo no celebro mis triunfos con sangre, porque es muy opuesto á esas escenas el fin de la revolucion: no puedo dar libres á los prisioneros, porque de esa manera nunca se acabarían nuestros enemigos, de manera que los que quieran quedarse conmigo, pueden hacerlo, y los que no, que se dispongan á marchar á la colonia de Zacatula.

Pocos fueron los que quisieron quedarse, así fué que la mayor parte de los prisioneros salieron al dia siguiente bien custodiados para la costa de Zacatula, en donde se habia formado efectivamente una especie de colonia con los prisioneros que habia estado mandando el caudillo de la revolucion desde sus primeras campañas.

Despues entró vencedor en Chilapa llevando mas de dos mil hombres bien armados y bien disciplinados, con lo cual ya pudo enviar una carta muy expresiva á Venegas diciéndole que ya lo tenia otra vez á su disposicion para que se sirviera mandarle á Calleja ó á cualquiera de sus ilustres capitanes á buscarlo en la cueva en que lo daba por escondido en sus Gacetas.

Estaba Morelos en Chilapa dando organizacion conveniente á sus tropas para disponer algunas operaciones de importancia que tenia en proyecto, cuando se le presentó un indio correo llevando una carta en la mano.

—¿De dónde? preguntó Morelos desde el caballo que montaba.

—De Huajuápan, le contestó el indio, me manda el amo Trujano.

—¡Ah! exclamó el cura, yo creia que ese era asunto terminado hace tiempo.

Efectivamente, hacia tiempo que Trujano sostenia allí un sitio riguroso que le tenían puesto los españoles Régules y Caldelas, de modo que Morelos estaba en la inteligencia de que de una ó de otra manera debia haber tenido aquello un desenlace; así es que se apresuró á abrir la carta y leyó estas pocas líneas:

“Estoy muy apurado: se me están acabando los víveres y las municiones, de suerte que si no recibo buenos auxilios antes de cinco dias, sucumbo aquí indefectiblemente.—*Trujano.*”

—Que le den alojamiento á este correo, dijo Morelos á su ayudante, porque tiene que seguir con nosotros mañana.

Y dicho y hecho, como siempre estaba todo listo para moverse, muy de madrugada se puso en movimiento el ejército, que podia ya constar, con los que se fueron agregando en la marcha, de mas de dos mil quinientos hombres.

Cuando ya faltaban diez leguas para llegar á Huajuápan, Morelos dijo á D. Miguel Bravo:

—Adelántese usted con los regimientos de caballería de los curas Sanchez y Tapia, con eso que rodea la poblacion y proteje á Trujano llamándoles la atencion, de manera de no empeñar combate serio hasta que yo llegue con el grueso de las fuerzas.

Le hizo otras recomendaciones que Bravo pareció tomar en cuenta y se despidieron. La fuerza que se llevó Bravo constaba de unos quinientos hombres.

—Si cumple bien Bravo, dijo el cura á Galeana, ni uno solo de los realistas se nos escapará.

Pero ninguno contaba con la huéspeda.

Morelos mandó por delante al indio correo para que avisara á Trujano que iba á ser protegido, este comunicó tan grata nueva á la guarnicion y con ese motivo se hicieron regocijos públicos, iluminándose las casas profusamente, repicándose las campanas y prendiéndose gran número de cohetes. Los realistas se informaron del motivo de la alegría y entonces Régules dispuso levantar el sitio; pero Caldelas lo acusó de cobarde y le ofreció que él saldria á derrotar á los insurgentes. Régules, por compromiso, se vió obligado á quedarse y permitió á Caldelas que saliera con fuerzas suficientes á encontrar al enemigo, y lo hizo este con tal fortuna, que sorprendió á Bravo, y si no lo derrotó por completo, cuando menos le hizo grandes destrozos, obligándolo á retirarse. Entonces Morelos apresuró su marcha y se presentó en combate, á la vez que hacia que Trujano hiciera una salida para coger á los realistas entre dos fuegos. Los insurgentes entonces tomaron el desquite mas espléndido que podian apetecer, derrotando á aquellos de la manera mas completa.

El comandante Caldelas, que era uno de los mas bizarros oficiales con que contaba el gobierno, y realmente el responsable de aquella refriega que pudo evitarse, cayó muerto, atravesado de mas de diez lanzas que recibió peleando hasta que se le agotaron las fuerzas.

Los otros dos gefes principales que eran Régules

y Esperon, apenas pudieron escapar merced á la ligereza de sus caballos, y de tal manera iban despavoridos y azorados, que el primero no vió una rama de un árbol contra la que dió con la cabeza, cayendo del caballo echando sangre por boca y narices. De allí ya no pudo dar paso y un soldado tuvo que escaparlo subiéndolo en su propio caballo.

Morelos recogió un buen botin de armas y municiones despues de esta victoria en que murieron cuatrocientos realistas, segun Bustamante. Mil fusiles, catorce piezas de artilleria, cincuenta cargas de parque y algunas otras de víveres, lo mismo que unos trescientos prisioneros, incorporados la mayor parte en las fuerzas, fueron las ventajas alcanzadas por los vencedores. Fuera de los que murieron en la accion, Morelos, segun su costumbre, no permitió que fuera fusilado un solo realista, pues á los que no quisieron servir, que fueron pocos, los mandó á Zacatula.

Con tres mil hombres bien armados y municionados, aunque no todos en el mejor estado de organizacion, despues de habersele sometido la mayor parte de los pueblos de la línea, que habia perdido cuando recibió el último golpe en Guautla, se puso en marcha al siguiente dia, dejando una corta guarnicion en Huajuápan.

—Vamos á Oaxaca? se permitió preguntarle Trujano cuando iban en marcha.

Morelos se sonrió y se apresuró á contestarle:

—Todavía no.

—Cómo! pues no parece á Su Excelencia que po-

demos perder una preciosa oportunidad si no lo hacemos?

—Aunque gusto mucho de recibir consejos y los pido cuando no se me dan, le contestó Morelos, en esta vez tengo ya mi plan que es el que quiero poner en ejecución por parecerme el mas conveniente.

—Perdone, vuesaencia, mi general, insistió Trujano, yo no deseo que me diga cuál es su plan, pero si estimaria que tuviera á bien decirme por qué le parece maló el mio de irnos sobre Oaxaca?

—Con mucho gusto, amigo mio. A mí, á usted y á todos, despues de nuestro triunfo en Huajuápan, se nos ha ocurrido que lo mejor que podriamos hacer era dirigirnos sobre Oaxaca, y, esto mismo, estoy seguro, han pensado los realistas, por lo cual harán allí una concentracion de fuerzas, si es que no la tienen hecha á estas horas, y por eso principalmente tiene que desecharse ese proyecto que puede ser conocido del enemigo. Pero no es ese el motivo en realidad porque desisto por ahora de ir á Oaxaca, sino porque no estamos en sazón de poderlo hacer. Contamos con unos mil hombres cuando mas de empuje y los demas son reclutas que necesitan hacerse soldados en otros combates de menos importancia, y no contando ni con buenas columnas de ataque, ni con buenos artilleros que sepan hacer buenas punterias, lo probable es que con unos ochocientos hombres que ya hay en Oaxaca, fuera de los que puedan reunirse antes de nuestra aproximacion, ya tengan los bastantes, si no para impedirnos la entrada, al menos para

detenernos quince ó veinte dias, tiempo suficiente para que puedan ocurrir los dos mil españoles recientemente desembarcados que están en Jalapa. De manera que este seria un movimiento en que tendriamos noventa probabilidades de perder por diez de salir victoriosos, entre cuyas diez cuento el prestigio que tiene ya nuestro pequeño ejército con sus recientes operaciones coronadas de éxito.

Trujano no pudo menos que manifestarse convencido ante tan sólidas razones, y dijo haciendo un ademán de aprobacion:

—Todo eso es verdad, pero ¿qué es lo que vamos á hacer entonces? me preguntará su señoría, á lo que yo no tendré ningun embarazo en contestarle: pues vamos á buscar un lugar un poco estratégico para situarnos y ver desde allí venir los acontecimientos, para que nosotros nos acomodemos á ellos de la mejor manera posible. Por ejemplo, ahora podernos establecernos en Tehuacán desde donde nos será fácil movernos para Puebla, para Oaxaca ó para donde mejor nos convenga, pudiendo desde allí no solo irnos extendiendo poco á poco en todas direcciones, sino salir todos juntos cuando se ofrezca dar un golpe que nos convenga para hacernos á la vez de recursos y de armamento.

—He comprendido perfectamente el plan de vuesaencia, exclamó Trujano á la vez que le brillaban los ojos de alegría, desde allí podemos atacar los convoyes que vengán de México á Veracruz y vice-versa. Morelos se sonrió y para cortar la conversacion di-

jo á Trujano que se ocupara en mandar algunos de sus oficiales aposentadores que se adelantaran á preparar los alojamientos.

El cura Matamoros, que por su parte estaba en Izúcar organizando varios batallones, salió á dar un abrazo á Morelos y á pedirle órdenes. Ambos curas tuvieron una agradable conferencia y se separaron ofreciendo el primero al segundo la sumision que le era debida, deseando que tan pronto como fuera posible pusiera á prueba su iniciativa y su valor.

Una vez situado Morelos en Tehuacán, en donde su principal afán fué dar instruccion y moralidad á sus tropas, no tardó en ver que se le presentaba oportunidad de sacar ventajas de su posición, sabiendo que el realista D. Juan Labaqui con cosa de unos quinientos hombres venia custodiando un convoy procedente de Veracruz con el cual habia llegado con pocas dificultades hasta San Agustín del Palmar. Entonces habló á D. Nicolás Bravo y le dijo:

—Señor general: quiero que salga usted con seiscientos hombres de la mejor caballería esta noche á las nueve, con objeto de sorprender allí mismo ó en su marcha al realista Labaqui, quien viene con un convoy para Puebla, entendiendo que detras le irá un refuerzo de infantería para que el golpe sea asegurado. Lo demas queda al arbitrio de usted para que obre según las circunstancias.

Bravo, que era tan cumplido como valiente, solo tomó ya las instrucciones que le parecieron necesarias y salió á la hora fijada con doscientos dragones

de la costa mandados por D. Pablo Galeana, con el escuadron de D. Ramon Sesma y con las guerrillas de Arroyo que eran de las mejor montadas. Anduvieron toda la noche del 18 de Agosto y el día siguiente, despues de dejar cubierta con cien hombres la cañada de Ixtapan por donde podia venir auxilio al enemigo desde Orizaba, ocupó con el resto el cerro del Calvario en donde pensaba esperar el resto de las fuerzas que debian venir á su retaguardia; pero como observó que los realistas andaban alarmados, creyó conveniente iniciar el ataque sobre la plaza, aunque solo contara con caballería. Labaqui fortificó las tres casas principales de la plaza y en ellas hizo todo el día una vigorosa resistencia, entonces Bravo mandó echar pié á tierra á sus soldados, se acercó en la noche hasta quedar á poca distancia de las casas fortificadas y al amanecer del día 20 mandó dar una carga al arma blanca con tal denuedo que logró ocupar dos de las casas, quedando entonces la resistencia concentrada en una sola. El capitán insurgente Palma, á la cabeza de una columna de negros de la costa, quitó un cañon que estaba haciendo un fuego mortífero de metralla en el zaguan, dividió en dos la cabeza á Labaqui, que habia salido á su encuentro, hizo lo mismo con el otro oficial que quedaba al frente de los realistas y entonces vinieron á completar la victoria los demas insurgentes que tenían rodeada la posición por todas partes. Los realistas que no quedaron muertos fueron prisioneros, así es que ni uno

solo hubo que pudiera llevar la noticia de aquella completa derrota.

Entretanto Morelos habia recibido una carta del virey Venegas en que le decia que D. Leonardo Bravo y sus dos compañeros habian sido condenados á muerte; pero que se les haria gracia de la vida si se sometian D. Nicolás y los de la familia que andaban con las armas en la mano. Morelos contestó al virey que los Bravo no querian someterse, como era la verdad, pero que cangearia á D. Leonardo y sus dos compañeros por trescientos españoles, entre los que podrian contarse unos quince oficiales. El virey, por toda respuesta, mandó que Bravo, Piedras y Perez sufrieran la pena de garrote vil como estaba decretado, siendo los tres héroes ejecutados en el Ejido de México el 13 de Setiembre. Los tres sufrieron la muerte con entereza.

A la sazón estaba ya D. Nicolás Bravo en Medellín, en donde nuevos triunfos le habian dado ya gran superioridad sobre el enemigo. Allí recibió una nota de Morelos en que le decia: "Su padre de usted ha sido vilmente ejecutado en México con sus dos compañeros, sin que Venegas aceptara el cange de prisioneros que le propuse; en justa represalia, puede usted fusilar, si le parece, á todos los realistas que tiene en su poder."

Entonces Bravo dijo al capellan que lo seguia:

—Padre, haga usted que se dispongan cristianamente los trescientos prisioneros españoles para que mueran mañana temprano.

Y como el capellan quisiera decir algo, agregó prontamente lanzando un profundo suspiro:

—Es dura la ley de la guerra, sobre todo, es la orden de mi superior, á la que debo ser obediente.

Después de esto se encerró en su habitacion y pasó la noche llorando.

A las cinco de la mañana del día siguiente las tropas se pusieron sobre las armas y formaron un cuadro fuera de la poblacion, estando maniatados en el centro los prisioneros. Todos estaban taciturnos y muchos habia que derramaban lágrimas, ocupándose los mas en dejar algunos encargos para sus deudos.

A las siete de la mañana se presentó D. Nicolás Bravo seguido de sus oficiales. Desmontó, entregó las riendas de su caballo á un ordenanza y se adelantó á donde estaban los prisioneros. Estaba su semblante pálido y abatido.

—¿Qué es eso? preguntó, si estos hombres van á morir ¿para qué se les tienen atadas las manos?

Era la primera vez que iba á presenciar una ejecución y no conocia esta costumbre.

Los prisioneros fueron todos desatados. Algunos quisieron adelantarse para hablarle.....

—Silencio, dijo Bravo, formen ustedes en fila que yo soy el que tengo que decirles alguna cosa.

Luego que estuvieron formados les dijo con voz firme:

—Señores: el virey Venegas acaba de comprometer la vida de ustedes, que no corria riesgo alguno, mandando fusilar á mi padre y á otros dos prisio-

ros sin querer cangearlos por ustedes. Yo he recibido orden del Sr. Morelos para fusilarlos, si lo creo conveniente, proporcionándome la oportunidad de ejercer una justa venganza. Pero yo no soy vengativo y antes bien creo que mientras mas profunda es la herida que se me ha causado, mas grande debe ser mi generosidad. Todos ustedes están libres para irse a donde quieran desde este momento.

Fué tal el gozo de los prisioneros, que ninguno de ellos quiso irse, jurándole allí mismo á Bravo eterna fidelidad. ¿Qué pueblo puede jactarse en su historia de contar con tan brillantísimo episodio?

CAPITULO XXXV.

LA GRAN FARSA.

El historiador Alaman, que segun es sabido fué acérrimo partidario de la monarquía y del dominio español, lo que se conoce principalmente por sus obras siempre respirando odio hacia los defensores de la independencia, dice hablando del sublime episodio de Bravo que tan toscamente hemos referido en el capítulo anterior, esto que sigue que es el mejor apoteosis que se puede hacer del héroe: "Pocos ejemplos presenta la historia antigua y moderna de un acto tan noble de generosidad, en un momento en que la venganza parecia autorizar aquellas crueles represalias, habiendo sido repetidos los rasgos de humanidad que en el curso de la revolucion se vieron en este digno gefe: siempre valiente en el campo de batalla, nunca fuera de él manchó sus